

El Bautismo tiene profundas implicaciones para nuestra participación en la vida y en la misión de la Iglesia, porque es el fundamento de toda la vida cristiana y la puerta de entrada a los demás sacramentos. Por medio del Bautismo somos liberados del pecado, renacemos como hijos de Dios, somos incorporados a Cristo y pasamos a formar parte de la Iglesia. Por esta razón, el Bautismo no solamente significa recibir un sacramento, sino también recibir una nueva identidad y una misión dentro del Pueblo de Dios.

En la celebración de la Vigilia Pascual se bendice el agua bautismal recordando la historia de la salvación y la acción de Dios por medio del agua. En la epiclesis, la Iglesia pide a Dios que el poder del Espíritu Santo descienda sobre el agua, para que quienes sean bautizados nazcan «del agua y del Espíritu» (Jn 3,5). Esto nos permite comprender que en el Bautismo no solamente encontramos un signo exterior, sino la acción de Dios que comunica su gracia y da comienzo a una vida nueva en Cristo.

Los diferentes signos del Bautismo nos ayudan a comprender esta realidad. El agua representa la purificación y la vida nueva. La vestidura blanca simboliza que el bautizado se ha revestido de Cristo. La vela, encendida del Cirio Pascual, representa a Cristo resucitado, Luz del mundo, y expresa que el bautizado ha recibido la luz de Cristo y está llamado a conservarla y transmitirla.

Otro signo muy importante es la unción con el Santo Crisma. Por medio de esta unción se expresa que el bautizado ha sido incorporado a Cristo, quien es sacerdote, profeta y rey. Esta realidad tiene una profunda dimensión eclesial, porque significa que cada bautizado recibe una vocación y una responsabilidad dentro de la Iglesia. El ministerio cristiano, por lo tanto, no pertenece únicamente a los sacerdotes o religiosos. Todos los bautizados, de acuerdo con su propia vocación, están llamados a participar en la misión de Cristo y de su Iglesia.

## **Reflexión personal**

Una de las ideas que más llamó mi atención en la lectura fue la epiclesis y la acción del Espíritu Santo en el Bautismo. Aunque conocía este sacramento, no había tomado plena conciencia de la profundidad de este momento: la Iglesia pide al Padre, por medio del Hijo, que el Espíritu Santo actúe sobre el agua para comunicar una vida nueva.

También me parece extraordinario comprender que somos ungidos y sellados para una misión. No recibimos los dones del Espíritu Santo solamente para nuestro beneficio personal, sino también para ponerlos al servicio de los demás y participar en la misión de la Iglesia. Esto cambia mi manera de comprender el ministerio cristiano, porque significa que nuestra responsabilidad como cristianos comienza desde el Bautismo.

Desde esta perspectiva, servir en la Iglesia no es solamente realizar una actividad o pertenecer a un ministerio. Es responder a una identidad que hemos recibido desde nuestro Bautismo. Ser ungidos en Cristo como sacerdotes, profetas y reyes significa que estamos llamados a dar

testimonio de nuestra fe, servir a los demás y colaborar en la construcción de la comunidad cristiana.

Por eso, considero que el Bautismo no solamente nos hace miembros de la Iglesia, sino también participantes activos de su vida y de su misión. Cada bautizado recibe dones diferentes, pero todos compartimos una misma llamada: vivir como hijos de Dios y llevar la luz de Cristo a los demás.